

Teresa, en el corazón: en la muerte de mi amiga Teresa Berganza

ANTONIO BACIERO

Me conmueve hondamente la noticia de la despedida de tan buena y excepcional artista y amiga: Amistad cálida de muchos años, y como hermanada desde épocas inolvidables en el Conservatorio de Madrid, el vetusto caserón de la calle San Bernardo, enfrente de la entonces Universidad Central, donde un jovencísimo Federico Sopena recalcaba aquella cercanía y necesidad de integración efectiva. Aquel Madrid -Teresa era tan irreductiblemente madrileña- y su barrio de freidurías estudiantiles y “modernos” salones de fútbolín donde calentábamos las manos los alumnos de piano hasta quedar libre alguno de aquellos instrumentos (espantosos) que había en el sótano del edificio.



©

Nuestro Conservatorio era un centro especial cuyo lujo era el antiguo Salón de Baile del palacio de los Bauer, de los que nadie nos hablaba cuando subíamos por aquella escalera suntuosa, con su mármol forrado de corcho para su adecuación musical. Pero seguía conservando el pasamanos dorado de una época gloriosa. Los antiguos propietarios, los Bauer, eran judíos de pro, como banqueros corresponsales de los Rotschild parisienses. Curiosamente haría entonces alrededor de 30 años que habían denegado el casamiento a su hijo mayor con una cantante del Real -Carmen Crehucy- por no profesar su misma religión.

Este gran salón con butacas rojas, presidido por un retrato enorme de Franco vestido de cazador y sus condecoraciones, un día de junio de 1954 acogía el examen de fin de carrera de una joven y atractiva pianista que estaba a punto de hacerse Carmelita Descalza. Teresa había hecho también los estudios de composición y de órgano, instrumento que en lo alto de la sala tenía su mejor ornato en un recargado ejemplar del siglo XIX en el que daba sus clases el bueno de Jesús Guridi. En el examen con su *Fuga de la Fantasía cromática* de Bach todos la felicitamos. Alguien clarividente, sin embargo, le sugirió que, por su voz tan

elegante y viva, por qué no hacía una prueba para Lola Rodríguez de Aragón, la catedrática. Obtuvo enseguida el Premio Extrordinario de canto y lo demás ya lo conocen ustedes.

Teresa, siempre super-simpática y llena de cosas, participaba también entonces en una entusiasta iniciativa que agrupaba a instrumentistas del Conservatorio, una “Orquesta del SEU”, formada por estudiantes del centro, y con su alumno de composición José Peris como director. Acababa de actuar con ella de solista en el homenaje a Igor Markevitsch en el Colegio Mayor ‘Nebrija’ y se apuntó a ir de solista de canto a una tournée por el Sur, en la que venía también de “estrella” el igualmente admiradísimo Esteban Sánchez como pianista.

Aquello no había que perderselo y conseguí apuntarme como secretario de la orquesta, es decir, ponía los atriles y sus partituras. Fuimos a Mérida, Badajoz, Sevilla, Granada y Málaga. En el último concierto en Jerez, un crítico local -con firma Majo de Leví- nos obsequió con la daliniana, inolvidable, frase encomiástica de “...vienen charolando la áspera piel del curtido toro ibérico”.

Nadie podía prever que, pasando muchos años y tras una carrera de primer rango internacional, Teresa acabaría por hacer la mejor *Carmen* de Bizet, sorprendiendo hasta al mismo Karajan, que en un encuentro en Nueva York, después de definirla como “la mejor mezzo soprano del mundo” la intentó camelar para la ópera de Viena y sus históricas versiones de Mozart y Rossini. Le hizo esperar un año entero...

De su militante madrileñismo nos ha quedado aquel precioso grupo de grabaciones de zarzuelas y género chico con Ataúlfo Argenta y aquella generación de la primera Orquesta Nacional, abnegada y meritoria.

Su espléndido piano ‘Bösendorfer’ en su casa de El Escorial se ha quedado sólo, con su colección de tacitas de café de la época de Mozart y sus dos batutas dedicadas de Abbado y Carl Böhm. Una admirable triunfadora en la más alta esfera de los elegidos. Recuerdo además nuestros diversos encuentros en El Escorial, casi siempre con música de por medio. Una vez hasta hicimos una medio improvisación para la televisión de Wiesbaden. Con obras de Haydn, Granados y Schubert, incluyendo también un precioso grupo de *Canciones* de Martín y Soler, tan mozartianas, que siempre queríamos haber hecho su disco.

Teresa y su talento cubrían todos los espacios que abordaba, en la música y en la vida. Como estrella, como artista y como mujer, su inteligencia, pasión y entusiasmo. Nos queda el recuerdo emocionado de un ser en verdad irrepitible, cálido y ejemplar.